

2006

### Estéticas del desarraigo: actores globales en la aldea colombiana

Oscar R. López

Follow this and additional works at: <https://digitalcommons.providence.edu/inti>

---

#### Citas recomendadas

López, Oscar R. (Primavera-Otoño 2006) "Estéticas del desarraigo: actores globales en la aldea colombiana," *Inti: Revista de literatura hispánica*: No. 63, Article 15.

Available at: <https://digitalcommons.providence.edu/inti/vol1/iss63/15>

This Estudio is brought to you for free and open access by DigitalCommons@Providence. It has been accepted for inclusion in *Inti: Revista de literatura hispánica* by an authorized editor of DigitalCommons@Providence. For more information, please contact [dps@providence.edu](mailto:dps@providence.edu).

## ESTÉTICAS DEL DESARRAIGO: ACTORES GLOBALES EN LA ALDEA COLOMBIANA

Oscar R. López  
Saint Louis University

**E**l tema del desplazamiento, el desarraigo y la anomia en producciones de la literatura, el testimonio mediato y el cine a partir de la segunda mitad del siglo XX constituye el trayecto central de un estudio extenso del cual se extrae el presente fragmento. Interpreto una problemática imbricada en el entorno nacional que no data de esas fechas, pero se acentúa con el correr de los decenios y ha ido implicando nuevos actores. La puesta en perspectiva socio histórica de los actores que han provocado violencia, la cual, en últimas, ha conducido a individuos y comunidades itinerantes de todo tipo, y a generar una sociedad descentrada y anómica, da pie a comprender la evolución de las violencias generadas por ellos y las respectivas formas de destierro resultantes. La concertación de voces autorizadas desde varias áreas de estudio coadyuvará a que las muestras creativas o de testimonio que registran el fenómeno sean mejor vistas. El limitado espacio de un artículo obliga a anticipar tres aspectos: uno, la visión panorámica, más que puntual del enfoque; dos, el énfasis en la producción dedicada al sicario, la más reciente; y tres la obvia certeza de que en la realidad histórica el desbalance que produce y hace secular el desplazamiento comienza en América Latina con el afán de la Monarquía católica de mantener las jerarquías políticas y de clase allende el mar. Propuesta imperial que forcejeó con una realidad social y cultural de múltiples complejidades, misma que habría de descuadernar esa idea única de ciudad transplantada para beneficio de la burocracia monárquica. Desde entonces, el abortado proyecto original gestó un incesante flujo de conflictos y pulso de fuerzas que ha producido destierro interno, refugiados, exiliados y muerte de manera secular y masiva. Por la misma escasez de espacio se descarta la copiosa producción ya procesada en torno a los distintos tipos de

desplazamiento. La referida al sicario, actor descentrado, será la socorrida.

Dado el enmarañamiento del fenómeno desplazamiento-desplazados-desarraigos que crece en vez de detenerse, considerar decenios como marcos temporales ayuda a rastrear actores constantes de la violencia. De este modo, se hacen visibles las prácticas y la forma como las registran la literatura, el testimonio mediato y el cine discutidos. En vista de que la palabra actor aparecerá en forma reiterativa, apelo a las reflexiones de Fernando Cubides en “De lo privado y lo público en la violencia colombiana: los paramilitares” para definir su significado. Según Cubides, actor es una expresión sofisticada que el lenguaje periodístico ha prestado de la reciente escuela francesa de la teoría de la acción social. El actor, en este contexto teórico posee una racionalidad, unas metas y unas estrategias para alcanzarlas. En un ambiente de guerra como el colombiano, ser reconocido actor es lograr una aproximación a lo heroico y a lo épico, de buena aceptación en la mentalidad popular (1998: 78-79). En el mismo sentido, el investigador jesuita Francisco J. de Roux en “Derechos humanos, droga y guerrilla en Colombia” denunciaba en audiencia pública ante la subcomisión de Derechos humanos y Ayuda Humanitaria del Parlamento Alemán (1990) las responsabilidades compartidas entre el estado colombiano y los actores del conflicto. En su pronunciamiento develaba en qué consiste la heroicidad del paramilitarismo: “La ideología de extrema derecha es para los narcotraficantes, una estrategia que les permite cubrir públicamente su delito, porque los hace aparecer como defensores manifiestos de una causa muy buena: limpiar al país de comunistas y subversivos” (9)<sup>1</sup>. Después de que el presidente Uribe, sintonizado con el “Patriot Act” de las políticas antiterroristas de la Casa Blanca de los Estados Unidos, ha politizado la discusión en torno a cómo llamar el agravado conflicto que fragmenta a la sociedad y divide el poder del Estado, hablar de terrorismo y no de guerra o conflicto armado interno como lo pregonaba el mandatario, no elude la dramática realidad de los hechos, pero sí abre la brecha para proseguir el largo historial de fallidas soluciones militaristas a un problema de envergadura social, el cual se intenta eludir en la vida corriente mediante el apoyo al imaginario simbólico<sup>2</sup>.

Hoy en día ambos bandos tienen el carácter de combatientes, pues: 1. Están bajo órdenes de mandos responsables con estructuras de control y disciplina, 2. Generalmente portan símbolos y uniformes distintivos, visibles desde lejos, que los identifican como objetivos lícitos de las fuerzas enemigas. 3. Portan armas de manera visible, y, 4. Mantienen sobre porciones del territorio nacional un control suficiente que les permite realizar operaciones militares prolongadas y concertadas.

A todo lo anterior hay que agregar el hecho de que tienen objetivos políticos y son apoyados por sectores más o menos amplios de la población en las zonas rurales, lo que explica la persistencia de su presencia en ellas,

además del apoyo de más del 20 por ciento de la población urbana, a pesar de ser un conflicto básicamente rural. (*El Tiempo.com*)

Rangel concluye que el conflicto ocurre y que estos grupos irregulares suelen practicar terrorismo, aunque sólo es una de sus prácticas en la larga guerra que han librado y a la que que las Fuerzas Militares del Estado han enfrentado con las exigencias de estrategia que toda guerra demanda.

La aparición de actores en el escenario de la dinámica sociopolítica colombiana corresponde a realidades explosivas y sin horizonte de solución a la vista. Muy a pesar de que las estadísticas oficiales tienden a mostrar una disminución de desplazados forzados y no forzados durante el mandato del presidente Uribe, lo cierto es que considerar el desplazamiento bajo la única perspectiva del forzamiento sociopolítico reduce su complejidad y enmaraña los finos hilos de una situación que afecta a la sociedad entera. El desplazamiento no se explica a partir de esa sola dirección: la de un flujo de individuos desarraigados del campo y aventados a la ciudad. Proceder de este modo es no reconocer que la ciudad también gesta movilización hacia fuera, expulsa. Algún flujo marcha hacia la metrópoli, otro hacia el interior del territorio nacional, las fronteras. En particular las del sur en las que los límites selváticos del Amazonas con Brasil, Ecuador y Perú, dan lugar a una veta explorable de la que el primer anticipo lo había dado *La vorágine* de Eustasio Rivera en 1924 y que, en textos escritos decenios más tarde tales como *Antares* de Echeverri Mejía en 1949, el reportaje testimonial *Perdido en el Amazonas* de Germán Castro Caicedo en 1970 e *Hijos de la nieve* de José Libardo Porras en 2000, se percibe otro país, el más desplazado de todos, el que incuba los mismos vicios de la ciudad traídos por los inmigrantes (colonos, presidiarios, alguaciles, funcionarios del Estado, militares, aventureros, fugitivos, contrabandistas, narcotraficantes y explotadores de los recursos naturales del trapecio amazónico). El mismo paraíso de miserias con el que Rivera conmocionó al país y a la región, pero no lo suficiente para que los gobiernos integraran este territorio en el mapa social y político del Estado con miras a su aprovechamiento, a la integración pluricultural y su desarrollo sostenido.

La reducción del conflicto armado colombiano a simple flujo de desplazados por causa de guerrilleros, narcotraficantes, paramilitares y acciones del ejército es ocultar la circulación de poderes desplazadores dentro de la propia ciudad. Poder actuante a través de veladas formas facilitadas por la anomia al propio tiempo generadora de más anomia. Y al hablar de anomia obliga a no pasar de largo por este mal secular en un país de leyes, leguleyos y leguleyadas. En Colombia el incumplimiento de los pactos civiles hace imposible hablar de país civilizado; es decir, aquél en el que sus miembros conocen sus derechos y responden por sus obligaciones. Esta inocultable realidad muestra la debilidad del Estado. Debilidad explicable porque Estado ha sido equiparado a poder de turno, no al árbitro

de los desacuerdos y garante de la satisfacción de los miembros cuando se presentan diferencias de intereses. Tal anomalía ha hecho que los diferentes actores concurrentes a la rebatiña del poder pulsen sus fuerzas, interpreten y propongan la ley según el grado de fortaleza con el que se sientan investidos en la pugna. Para afirmarlo en términos del jurista William Pérez, la política criminal en Colombia ha existido, pero ésta ha sido inestable y confusa por cuanto obedece a los vaivenes del conflicto armado:

En Colombia se libran aún combates por el dominio territorial, por los monopolios de la violencia y de los tributos, por la definición de lo lícito y lo ilícito. De eso dan cuenta desde los pactos entre bandas mediadas por el Estado en cualquier ciudad colombiana, pasando por los pactos directos de grupos armados o “actores políticos” de diversa índole con el Estado, hasta los viejos y nuevos grandes procesos de negociación, paz, reinserción. (63)

Admitir que la política criminal del país está aún muy lejos de representar un logro universal es reconocer que la sociedad no dispone de un norte firme por el que los individuos se rigen para demandar sus derechos y cumplir con sus obligaciones. La anomia o “ausencia de ley o de principios organizativos” (Robert: 10)<sup>3</sup> entretanto ha deslizado su cola secular de ofidio y ha guiado los comportamientos de la mayoría, ricos y pobres, profesionales y analfabetos, hombres, mujeres y homosexuales, relacionados o no con cualquiera de los actores del conflicto nacional. La desobediencia civil es el resultado de un Estado débil que no inspira confianza entre sus arbitrados. La ausencia de respeto por la normatividad ha dejado abiertos los resquicios para que la sociedad no encuentre regulación y, en su defecto, la violencia se convierta en el camino para resolver los desacuerdos.

Así, las sociedades del campo y de la ciudad están por entero descentradas, no todas afectadas por violencia física, pero sí abandonadas a resolver sus tensiones por medio de manifestaciones de violencia cotidiana. Peor todavía, en la esfera del poder político bien sea este nacional o internacional, la violencia es preferida a los acuerdos en cuanto es concebida como negocio o manejo rentable<sup>4</sup>. Un marco de violencia concebido de este modo, hace a la sociedad insatisfecha en su conjunto, sociedad que circula pero no avanza, como debería, por cuanto su edificio ha estado levantado, de generación en generación, sobre la inequidad, la intolerancia o falta de voluntad para buscar consensos.

### **Los actores visibles**

Numerosos estudios sobre la violencia dejan claro que la inequidad en Colombia se acrecienta en el marco de la segunda mitad del siglo XX. La violencia política causadora del desplazamiento implicaba a grupos de poder o actores de poder enfrentados en dos banderas (liberal y conservadora)

que, fundados en ideologías y asociaciones bien diferenciadas, a finales de los años cuarenta habían intensificado sus desacuerdos. En los cincuenta los intereses personales de los líderes acercaron las identidades. En los años sesenta la respuesta popular campesina fue el surgimiento de las guerrillas o primeros actores visibles. A mediados de los años sesenta irrumpieron en el escenario los narcotraficantes, actores urbanos que se consolidaron en los setenta y que buscaron legitimar su bonanza infiltrándose en el Congreso, pero antes corrompieron jueces, los amedrentaron o desaparecieron, establecieron alianzas con la policía y el ejército y penetraron todos los poros de la sociedad. En los ochenta, los paramilitares o autodefensas entraron en la arena violenta con la complicidad suficiente de los gobiernos de turno, el apoyo del estamento militar y el patrocinio de terratenientes y corporaciones nacionales e internacionales. En los noventa, las alianzas entre narcotraficantes y paramilitares con grupos de poder parcelaron aún más la autoridad del Estado. Bajo el objetivo de exterminar la guerrilla, también ligada al narcotráfico, las Autodefensas Unidas de Colombia (Auc) hicieron crecer su árbol de poder cuya sombra se extendió por todo el territorio nacional. La cosecha dio más concentración de tierras, mucho dinero circulante para sus líderes y el incremento de las cifras de violación de derechos humanos en una población indefensa e intimidada. En los comienzos del siglo XXI, avanzaron todavía más en sus alianzas políticas hasta alcanzar un 30 por ciento de escaños en el Congreso<sup>5</sup>, la elección de un buen número de gobernadores y alcaldes dispersos por la geografía nacional, y la mano tendida de un gobierno cuestionado por organizaciones no gubernamentales nacionales e internacionales como violador sistemático de los derechos humanos. En el juego de alianzas, la guerrilla de las Farc tampoco permaneció al margen de vínculos con el narcotráfico<sup>6</sup>. Desprendida de sus ideales revolucionarios e inmune a los escrúpulos ideológicos, aparte de padecer deserciones entre sus cuadros, a comienzos del siglo XXI entró en negocios con otros actores, hasta con sus enemigos naturales, los paramilitares. La deserción masiva de guerrilleros alimentó los contingentes de las autodefensas<sup>7</sup>. En el tema del secuestro, los negocios con delincuentes comunes o con sicarios garantizaron grupos de secuestrados de origen político y social diverso, y con los narcotraficantes establecieron asociaciones de negocios transatlánticos<sup>8</sup>. A finales de los ochenta y en los noventa, el actor visible nombrado sicario entró a jugar un papel activo; ello no sólo por su capacidad de realizar negocios suscrito al mejor postor o a involutivas prácticas tradicionales de asociación, sino por el clima de violencia generalizado en la ciudad colombiana.

Una manera de ilustrar formas veladas de destierro fortalecedoras del desplazamiento físico y promulgadoras de la continuación de un orden anómalo es la resistencia de las élites a permitir la circulación de discursos y manifestaciones en contravía de su voluntad de dominio. El desplazamiento simbólico juega el papel de soporte esencial en cuanto en el orden del

lenguaje y la representación de artefactos culturales se vehicula una idea de realidad esquivada a reconocer sus desequilibrios, crisis y traumas generadores de malestar. El resultado de su injerencia es el silenciamiento, la manipulación, la satanización, el estímulo del consumo de productos despojados de crítica y de gran eficacia para alienar los imaginarios colectivos, además de aventarlos al relajamiento político y al alejamiento de las altas expectativas espirituales. En el afán de controlar la mente de los receptores de obras de arte, cine, literatura y testimonio se esconde o evita lo que no favorece los intereses poderosos. Incluso, con el manejo tendencioso de la información se destaca o edita lo que plantea crítica a un funcionamiento excluyente. La censura no siempre es abierta por lo que debilitando las expectativas se aquieta el descontento o el pensamiento provocador de dinámica histórica. Es, pues, través de la domesticación de la mente del receptor ganado para la satisfacción de las ficciones del cuerpo como se empobrece la razón o la capacidad de ser libre. De esta manera, prima el placer inmediato sobre el goce que despierta la curiosidad crítica, la dependencia del consumo masivo por encima del discernimiento individual exigente y sensible. El quiebre del juicio crítico o su carencia hace más atractivo asistir a las salas de cine para divertirse con títulos del corte de *Terminator*, *Blow*, *Proof of Life* o *Collateral Damages* (cine de Hollywood edificado sobre estereotipos en los que se exhiben geografías de miseria y atraso pobladas de individuos gestores de violencia, cultores de vicios y desarreglos que sólo el despilfarro tecnológico, la inteligencia y el orden gringos consiguen domesticar o cuando no, arrasar) que entrar a pensar la propia realidad llevados de la mano de películas como *Golpe de Estadio*, *El rey*, *María llena eres de gracia*, *Sumas y restas* o *La ciudad de Dios*, dramas enmarcados dentro de una contextualización social, política y económica de comunidades marginadas, pero ausentes de episodios de aventura, de escenarios galácticos, escasos en derroche de efectos técnicos o exhibiciones y símbolos sexuales, además de ostentar la ominosa marca de ser productos nacionales o de América Latina.

La construcción del imaginario simbólico no está dirigida en las sociedades colombianas a activar la convivencia ciudadana, sino a desactivar a los individuos de la capacidad crítica con la que reclamar una sociedad inclusiva. Este manejo que no es exclusivo del concierto nacional, no sólo es llevado al extremo sino que a menudo produce desterrados (exiliados y refugiados entre los mismos practicantes de la manipulación y muertos simbólicos, todos los creadores silenciados) y todavía más, desaparecidos, muchos de los cuales a partir de los años ochenta ocurren por acción de fuerzas paramilitares, la fuerza pública, guerrilleros, narcotraficantes o por sicarios. A estos últimos actores de muerte los llamaré actor de reparto. Su figura no es desligable del complejo global en el que se implica la problemática colombiana. Por lo mismo, es necesario hacer una excursión explicatoria.

## Sicario y sicaresca

El sicario<sup>9</sup>, el último actor visible del conflicto armado colombiano, comodín y a veces en actitud de resistencia demanda una puesta en contexto de su imaginario y su entorno social. No hacerlo es incurrir en la estereotipación marginadora que lo confina al facilismo de criatura asesina que mata por dinero. Es en el concierto de la llamada globalización en el que el sicario realiza sueños forjados en las tentaciones mediáticas. La globalización, que es en realidad una drástica modernización en la que el capitalismo se hace más salvaje al estar controlado por corporaciones económicas dueñas de la política, la cultura, las leyes, los controles fiscales, la salud y todos los poros de la sociedad de piel sensible a la acrecentación de la ganancia económica, se convierte en el actor internacional en el que la violencia colombiana se consolida y fortalece. De este nuevo hibridaje entre imaginarios colectivos de estructuras sociales distintas, los provenientes de la sociedad rural violentada y los de la sociedad moderna violentadora con sus ofertas impositivas, se forma la mentalidad violenta del sicario. En su condición de marginado el espejismo de un goce vital momentáneo ofrecido por la invasión de simulacros es superior al temor previsible de la muerte temprana. Nada arredra su ánimo con tal de poseer lo que sabe que nunca podría poseer por vía distinta a la venta de su fuerza de trabajo mortífera.

Sin embargo, frente a la perniciosa idea de globalización como imposición vertical hay que andarse con cuidado. Las reflexiones de Jesús Martín Barbero en “Globalización e integración desde la periferia cultural” coadyuvan a superar la idea de que globalización significa mero consumo pasivo. En el intento jerarquizador de imponer una cultura con pretensiones uniformadoras se ejerce violencia simbólica sobre las culturas subordinadas: “Lo que la globalización pone en juego no es, pues, una mayor circulación de productos, sino una rearticulación profunda de las relaciones entre culturas, pueblos y países” (Territorios *intelectuales*: 42). Una dictadura que, sin embargo, es permeable al contragolpe de aquellos a quienes afecta su látigo hegemónico. Por ello, prestar atención a las declaraciones y muestras de inventiva de algunos personajes de humor popular, dota de asidero a estudios del corte de “Pensar la comunicación desde la cultura: la formación latinoamericana del campo” del citado Martín Barbero en que se pone de presente que no es suficiente con mirar las imposiciones desde el lado del emisor y sus efectos en el receptor, sino integrarlo al análisis de la cultura, espacio en el que habla el consumidor, el que tiene su manera de reaccionar frente al producto recibido (*Al sur de la modernidad*: 90). En la película *Rodrigo D. No futuro* de Víctor Gaviria los personajes hacen música punk con mensajes propios en los que invierten los valores sociales<sup>10</sup>. Su actitud contestataria hace audible su exclusión y denuncia a qué se reduce la presencia del Estado: a la visita de la policía, la parca, para reprimir y provocar muerte. El resto del tiempo el Estado es un fantasma fugaz que



merodea invisible e inefectivo en la ciudad ausente y dañina. En *Mayte, no bailes* la novela de José Ignacio Murillo, Ricardo el mejor amigo de Mauricio, el hermano de Mayte, es un punquero y metalero que introduce el tiple, el más folclórico y campesino de los instrumentos musicales, en conciertos punqueros. No sólo se pone a tono con el travestismo cultural de final de siglo XX, sino que profana la ortodoxia disonante de una música importada asociada a multitudes rabiosas y ahítas de violencia.

El impacto globalizador redistribuye los procesos sociales y los imaginarios no sólo urbanos, sino los rurales al producir un flujo que se mueve en ambas direcciones y en que lo nacional, lo local y lo autóctono, arriesgando a desnaturalizarse, tienen que entrar a negociar su sobrevivencia. Contra la aparente neutralidad y estandarización uniformadora que crea redes de producción y de consumo sintonizados y que despierta afanes incontrolados en individuos desasistidos de imaginarios consolidados en valores perdurables y de convivencia social, el cine de Víctor Gaviria abre el obturador con la generosidad necesaria para desafiar los riesgos impositivos. El director y poeta se resiste a la contaminación en los temas y tratamientos que buscan el divertimento, se resiste a filmar simulacros esperados por el gran público. Gaviria corre el peligro de ser desplazado, pero su valentía para hacer poesía fílmica desde el dolor y la miseria de los marginados ha logrado darles visibilidad. Sus investigaciones de campo han apuntado al corazón de realidades espurias con las cuales ha dado la lección de que la belleza no es exclusiva de la ciudad letrada. Los personajes de los tres filmes de proyección internacional, *Rodrigo D. La vendedora de Rosas* y *Sumas y restas* actúan realidades marginadas, sus realidades auténticas hablan el lenguaje audible de sus imaginarios comunales, imaginarios debilitados por las urgencias económicas inmediatas que rompen la organización familiar, y por ende los vínculos con una memoria fuerte de las tradiciones de la familia y del vecindario. La fuerte carga de realidad actual que arrastran en cada secuencia sus personajes opera como atractivo, antes que incurrir en el proceso inverso asumido por el cine como industria en la que el maquillaje hace milagros, embellece realidades o torna monstruos las bellezas (Charlize Terhon en *Monster*). La exclusión puede observarse también en el sinuoso camino recorrido entre la realización de un filme y otro. Más de quince años en el lanzamiento de tres títulos. También en el hecho de que sus actores no firman autógrafos, marchan desde sus rodajes directo a la cárcel o al cementerio. En otras latitudes, un director con el mérito de dos películas seleccionadas al festival de cine de Cannes (1990, 1998) ya hubiera multiplicado los títulos de su obra.

Resulta indiscutible que la no transacción con productos manufacturados a la medida de urgencias globales coloca al director, y a todos aquéllos artistas que asuman retos semejantes, en el penoso transe de todo individuo artista que trabaja su obra con el cuidado del orfebre a sabiendas de que su voluntad creadora corre los riesgos de la exclusión, de la no distribución

comercial, y de que sus receptores sean también sólo aquéllos que descreen de las estandarizaciones globalizantes<sup>11</sup>. *Sumas y restas* concede menos cabida al sociolecto de las comunidades marginadas como acontece en los filmes anteriores del autor, pero no por ello la película intenta insertarse en la corriente del mercado globalizador. El lenguaje aquí expresa el de los narcotraficantes – de 1984 cuando llegó al pináculo el imperio narco de Pablo Escobar Gaviria – con sus fanfarronerías, brutalidades, ambiciones, capacidad de corromper y también sus miserias detrás de la efímera ilusión de la acumulación de dinero. No en vano la película empieza por el destino al que arriban los narcos cuando escapan a la cárcel, la muerte (la primera secuencia del filme es un entierro) tempranera a manos de antiguos socios o alguna autoridad encarnada en el ejército o la policía. Tendencia distinta la de Gaviria a la que describe Martín Barbero en la mayoría de las producciones de la aldea: “En los últimos años las industrias culturales, especialmente del cine, la música y la televisión, atraviesan una situación paradójica: la inserción de su producción cultural en el mercado mundial tiene como contraparte un claro debilitamiento de su capacidad de *diferenciación cultural*” (*Territorios intelectuales*: 45).

Este viraje en las relaciones de producción por parte del Sur (los eternos consumidores) y la aceptación del consumo por parte del Norte (los eternos productores) “significa también el triunfo de la *experiencia del mercado* en rentabilizar la diferencia cultural para renovar las gastadas narrativas mediáticas” (*Territorios intelectuales*: 45). En este aspecto, la insistencia de emporios imperialistas como el de Hollywood en socavar temas y abusar de su tratamiento sin inquietarse por las molestias y susceptibilidades que despierta al otro lado del océano (los latinos son perezosos, borrachos, narcotraficantes, pequeños, sucios y de piel morena), por una vez ha forjado el milagro de películas en las que se intenta captar lo local sin abusar del estereotipo. Aludo a *Traffic*, docudrama de Steven Soderbergh en el que un juez de los Estados Unidos, nombrado zar de las luchas antidrogas (Michael Douglas), es permeado por la realidad inmediata, la de descubrir que su hija (Erika Chistensen) es drogadicta, y que es a través de un compañero de estudios como ha ingresado en la dependencia. El filme muestra además la doble faz de líderes estadounidenses que exhiben una voluntad de servicio a la comunidad mientras en privado mantienen turbios negocios con el narcotráfico. El lugar del productor de drogas ilícitas es representado en el escenario de Tijuana, éste aparece visto a través de un filtro que da colores ocres y amarillentos y planos cortados de manera que se trasmite la idea de plaza pública y lugar de comercio clandestino; en contraste, el lugar del consumidor es visto a través de tomas abiertas que proyectan construcciones modernas y posmodernas, en éstas la asepsia de los lugares de consumo y de maquinación política transmiten la idea de mundo organizado, aunque la violación de su orden no corresponde a la sociedad entera. En suma, dos caras complementarias en las que la inocencia y la pulcritud de conciencias,

independiente de los espacios a una orilla u otra del río Bravo, no existen. Bajo esta óptica, la comprensión global de una veta importante del comercio gestora de desplazamientos de toda índole, implica responsabilidades compartidas entre el norte y el sur. Pero si bien Hollywood expresa mínimos gestos que hablan de un lento apartarse de la explotación de estereotipos, en el lado del dominado, el Sur, existen casos contrarios reforzadores de estereotipos. En la serie *Sicario I, II* de José Ramón Novoa, desde el ámbito comarcal se traman historias de sicarios cuya violencia gratuita aparece en primer plano. La historia de Jairo, de doce años, usado por un patrón o narco, se yergue sobre los gruesos hilos del estereotipo. La miseria se convierte en un asunto porno, todo por falta de investigación rigurosa de las realidades barriales y de los individuos moradores de sus calles. Esta engañosa perspectiva poco ayuda a detractar el marginamiento. Por el contrario, refuerza el estereotipo, estigmatiza realidades sociales complejas y perpetúa la exclusión de geografías vistas en desarreglo salvaje.

### Perfil del sicario

Contra la visión reductora de significados como la que ofrece el cine de Novoa se torna oportuno considerar las complejidades del universo urbano del sicario. Dada la presencia y papel de reparto de este actor es pertinente anticipar algunas de las prácticas perfiladoras de su figura y algunos de los textos que los recrean. La figura del sicario erigido comodín de otros actores ha sido usada para resolver distintas situaciones de violencia. El dinero es el móvil de sus actuaciones, dado que es la opción desesperada la única que les ofrece la ciudad letrada, la que les niega educación, servicios públicos, vivienda y manutención. Lo necesario para vivir una vida digna. De los servicios del sicario se valen grupos de poder (*El Divino, El leopardo al sol, Morir con papá*)<sup>12</sup>, grupos contra el poder (*Rosario Tijeras*), justicieros de la calle para deshacerse de un enemigo con el que había que saldar cuentas (*Rodrigo D., Yo te tumbo tú me tumbas, El Pelaíto, La vendedora de rosas, La ciudad de todos los adioses, y Necrónicas y Oración, Sangre ajena*). También, sus prácticas de muerte se han usado contra un periodista de la oposición o interesado en averiguar un desarreglo (*Perder es cuestión de método, Noticia de un secuestro y Angosta*)<sup>13</sup>, contra un benefactor, contra un comerciante rival, contra un testigo o delator (*Hijos de la nieve*), contra un líder sindical, contra un intelectual de izquierda (¡*Ah mar amargo!*), contra un policía, contra un taxista que se resiste a satisfacer un capricho (*La virgen de los sicarios, Rosario Tijeras*), contra un ciudadano común, contra un candidato a la presidencia (*La parábola de Pablo e Historia del cartel de Cali, Morir con papá*) contra los miembros de la gran sociedad habitante de la ciudad (*Delirio*), etc.

El inventario de situaciones sicariales descrito y citado revela la presencia

de ese actor difuso y colectivo que es la sociedad. Bien lo hacía notar Camacho Guisado en su trabajo “Violencia urbana: Cali y Medellín” al aludir a la sicarización de la sociedad en general y no al sicario como ser estereotipado y estigmatizado de la comuna nororiental de Medellín. Por ello, sicario se refiere también a “quien demanda su servicio, a quien lo paga o a quien proporciona las armas para incurrir en el delito” (296). De ahí que en una novela del corte de *La virgen de los sicarios* pueda encontrarse el perfil de una sociedad sicarizada. Fernando, el narrador, un escritor que regresa a la ciudad después de 30 años de autoexilio (propósito que en realidad no resulta más que un artilugio narrativo), y luego de sus andanzas por el centro de la ciudad acompañado de sus lazarillos-sicarios (Alexis y Ferney), con cada muerte va contaminando su imaginario intelectual de la violencia incontrolada de sus amantes. No sólo tolera que ellos maten personas, sino que les consigue las balas, llega a insinuar crímenes y hasta expresa deseos de resolver los problemas sociales causados por tanto pobre a través de condenarlos al paredón. Sus amantes, como en general los sicarios de la ciudad, oran en la iglesia de María Auxiliadora de Sabaneta para que la virgen les conceda el éxito en sus empresas delictivas o incurran en prácticas piadosas con idéntico fin. Así, Rosario en *Rosario Tijeras* “Tenía por costumbre, aprendida de los suyos, hervir las balas en agua bendita antes de darles un uso premeditado” (*Rosario* 160).

El éxito o tarea cumplida les posibilita satisfacer sus aspiraciones consumistas. En este punto los creadores mantienen afinidad con la explicación sociológica del fenómeno proveniente de texto clásico como *No Nacimos pa' semilla. El pelaíto que no duró nada, La virgen de los sicarios, Noticia de un secuestro, Morir con papá, Rosario Tijeras, Sangre ajena, La ciudad de los adioses, Historias de la cárcel de Bellavista, Hijos de la nieve y Delirio* confirman las conclusiones de García Canclini en el sentido de que los imaginarios e identidades nacionales y locales, en gran parte arraigados en sus orígenes latino-europeos, dieron el salto al consumo de tecnología, cultura y productos agrícolas e industriales estadounidenses que nos hicieron consumidores antes que ciudadanos (1995: 14). Visto más de cerca en los personajes de la novela de Vallejo se percibe en que el primer elemento disruptor en la relación íntima entre Fernando y Alexis es el tipo de música que Alexis consume a alto volumen. El exceso de ruido le hace perder los estribos a Fernando por lo que lanza la grabadora desde el quinto piso donde viven. A pesar de ello, en breve le compra otra en un gesto que indica por lo menos dos sentidos: el hilo consumista que cose la relación entre los dos, y el doblegamiento de Fernando frente al comportamiento cerril de su amante, además de que termina por extrañar el ruido. El segundo elemento disruptor que afecta la convivencia es por causa de otro simulacro, el televisor. Esta vez es destruido por el sicario, a punta de bala. Por su parte, en *Rosario Tijeras* Rosario junto con Ferney, su novio, no se pierden ninguna película de Schwarzenegger (101) y hasta en una de las funciones

vistas, Ferney mata a un asistente porque no para de hacer ruido con la bolsa de papitas que come: “Nadie se dio cuenta porque el balazo de Ferney se perdió en la balacera tan berraca que había en la pantalla” (102). Ramón Chatarra, su hermano Nelson y Nuzbel en *Sangre ajena* destinan su dinero en prostitutas, adquirir armas, soplar bazuco, meter polvo blanco y comprar ropa, todo “sin control de nadie, pues vivíamos nuestro mundo, el que nos gustaba, la vida que queríamos” (2000: 98). En *Historias de la cárcel de Bellavista* Jeyson, un presidiario condenado a noventa y tres años, llega a considerar la propuesta hecha por otro preso de “matar a un hombre del quinto patio ingresado la semana anterior” (12). Entre sus dudas, ilusiona que con el dinero del crimen, veinte millones “puedo comprar un caspete y varios camarotes para alquilar y puedo comprar un televisor y un equipo de sonido bien *chimba* y otro televisor y muebles para que la *cucha* reciba a las visitas” (17). Por su parte, en *Morir con papá* el joven de 18 años protagonista de la narración, Jairo, asocia la figura del magistrado Alejandro Uribe a quien va a dispararle con “un rostro que podría recordarle al actor Clint Eastwood” (10), lo mismo que al hombre que le encomienda la tarea de matar al político candidato que va a hablar en la Universidad,<sup>14</sup> lo encuentra parecido a Michael Douglas (109). Ilusionado por el dinero que va recibir por el magnicidio y por las palabras de otro sicario al hablarle de que se hará rico percibe

que solamente se sentirá rico cuando tenga una casa como ésta, cuando tenga hombres que lo protejan, que lo protejan y protejan su casa. Cuando pueda llegar a su casa en un Mercedes Benz. Cuando pueda vestirse como se viste ese hombre al que ha empezado a admirar como a un actor de película, dueño de una mansión de película y con «naves» que sólo se ven en películas como si pertenecieran, no al mundo de los sueños, sino al de la realidad. (123)

Entre los diversos actores mencionados, los sicarios son los que en la práctica carecen de alguna racionalidad proyectada hacia la consolidación del poder, de su participación en el conflicto apenas obtienen los réditos soñados para vivir aventuras efímeras antes de que su vida sea interrumpida por uno de sus pares. Sólo el relajamiento social de individuos en las laderas y el tratamiento no riguroso de estudiosos de esta figura recreada en la literatura y en el cine ha hecho posible que este actor de reparto adquiera estatura de héroe. En sentido estricto, el sicario carece de responsabilidades demóticas y de valor encomiable para revestirlo de heroicidad<sup>15</sup>. Sus crímenes no corresponden a una fatalidad ineludible, ni con ellos buscan salvar una sociedad enferma<sup>16</sup>.

Un perfil bastante ajustado del sicario lo ofrecen *Sangre ajena*, *El leopardo al sol* y *Noticia de un secuestro*. En la novela de Alape, al referirse a la escuela de sicarios de don Luis, escuela conformada por cuarenta muchachos, Ramón Chatarra describe los oficios del sicario: “Una red de

pistoleros regados por la ciudad, para prestar cualquier servicio solicitado: atraco a mano armada, ajuste de cuentas, cobro de deudas por pagar, cumplimiento de una venganza, la acostada de un man, fuera quien fuera” (95). En la novela de Laura Restrepo el narrador describe a Holman Fernely el sicario estrella de uno de los bandos familiares enfrentados, el de Many Monsalve, cuando sale de la cárcel. Nótese su proteica y compleja afiliación. Lo llamaban El Comunista, pero era “matón, puro y duro, de los que operan por su propia cuenta y riesgo. O paramilitar. Guerrilla o contraguerrilla, sabe Dios cuál. O a lo mejor todo junto, al mismo tiempo o por turnos” (53). En *Noticia de un secuestro*<sup>17</sup> la custodia de los periodistas secuestrados por Pablo Escobar Gaviria está encomendada a sicarios. García Márquez expresa su comprensión de ellos así:

La condición común era el fatalismo absoluto. Sabían que iban a morir jóvenes, lo aceptaban, y sólo les importaba vivir el momento. Las disculpas que se daban a sí mismos por su oficio abominable era ayudar a su familia, comprar buena ropa, tener motocicletas, y velar por la felicidad de la madre, que adoraban por encima de todo y por la cual estaban dispuestos a morir. Vivían aferrados al mismo Divino Niño y la misma María Auxiliadora de sus secuestrados. Les rezaban a diario para implorar su protección y su misericordia, con una devoción pervertida, pues les ofrecían mandas y sacrificios para que los ayudaran en el éxito de sus crímenes. Después de su devoción por los santos tenían la del Rohypnol, un tranquilizante que les permitía cometer en la vida real las proezas del cine. (68)

### **Antecedentes del sicario**

En realidad, los sicarios no constituyen una figura nueva. Ellos han existido en las sociedades colombianas desde antes. Las muertes de líderes históricos lo atestiguan,<sup>18</sup> sólo que en su modalidad urbana y sofisticada el sicario de finales de siglo se distingue de aquél del pasado, entre otras razones, por sus orígenes sociales bien esclarecidos por los estudiosos de las laderas y zonas marginadas de la ciudad. Los sicarios o pájaros de la Violencia circulaban en áreas rurales y permanecían enruanados, vestuario característico de una época en la que el consumo de simulacros no había hecho su explosión. Alvarez Gardeazábal los describe en *Cóndores no entierran todos los días* a través del seguimiento de las andanzas de León María Lozano en el Happy Bar, sitio de sus operaciones:

León María Lozano manejó con el dedo meñique a todo el Valle y se tornó en el jefe de un ejército de enruanados mal encarados, sin disciplina distinta a la del aguardiente, motorizados y con el único ideal de acabar con cuanta cédula liberal encontraran en el camino (83)

Mientras los pájaros usaban carros oficiales amparados en el poder de turno que los protegía y actuaban de noche y transportaban las víctimas de un lugar a otro para producir escarnio, en el presente asesinan a pie, o desde una moto, dentro de un avión y a cualquier hora del día. Actúan no por un interés partidista, sino por el afán de obtener dinero y dilapidarlo en goces efímeros.

Ahora bien, entre los pájaros o sicarios de la Violencia del decenio del cincuenta y los paramilitares después de los ochenta, los cuales actúan como ejército organizado y guiados por un afán utilitarista económico y político, existe un hilo común: su inmersión en el conflicto les aportó réditos económicos avalados por los actores invisibles. Las alianzas con la clase dirigencial o el uso de su fuerza por dicha clase les ha permitido en ambas instancias legitimar el botín de la guerra: la posesión de la tierra. A tono con esta unión valdría decir que comparado con el presente, el usufructo de la violencia hermana a pájaros y a paramilitares. Las palabras del narrador de *Cóndores no entierran todos los días* tendrían igual validez, luego de la sanción de la ley presidencial de Justicia y Paz: “El gobierno era algo igual a los pájaros y los pájaros igual al gobierno” (121). Queda de lo dicho que la anomía es una forma de vida usufructuable para consolidar poder.

A finales de los años cincuenta al terminar la Violencia política sin mediar reparación a las víctimas, ni cárcel por los crímenes cometidos, los pájaros recibieron beneficios del gobierno de turno. Los famosos pactos patrióticos referenciados por *El Coronel no tiene quien le escriba* o decretos como el mencionado por la novela de Alvarez Gardeazábal hablan del funcionamiento relajado de la ley por parte de la dirigencia política. Así, a León María lo destierran por tres años de Tulúa

...y cuando el coronel del ejército le entregó una copia del decreto oficial y una carta personal del ministro de gobierno, decían que debía salir de Tuluá en el plazo de cuarenta y ocho horas, pero que el gobierno nacional, por intermedio de la brigada, no solamente le pagaría una pensión durante los tres años mínimos que podía durar la condena, sino que pondrían a disposición los elementos necesarios para el transporte de los muebles y enseres de su casa. (141)

Uno de los guardaespaldas de León María, Ateortúa, “ya había sido nombrado jefe de aduanas en Maicao y los otros dos jefes de sus bandas azules o vivían de la renta o también habían sido nombrados para similares cargos burocráticos.” (141) En el referente histórico de los inicios del siglo XXI, el inventario de funcionarios encargados de oficinas importantes del gobierno del presidente Uribe o enviados a cumplir misiones diplomáticas ha sido denunciado de modo iterativo por la oposición y hasta por la prensa defensora del orden vigente. El prontuario criminal pierde densidad a los ojos del Gobierno cuando se trata de figuras atadas a gestiones relacionadas

con el poder. Los días que uno tras otro son el olvido ayudan a desaparecer pruebas y facilitan la tarea del silenciamiento. Entonces, los usufructuarios de la violencia pueden salir de la sombra a gozar de la tenencia.

### Apuntes finales

Según Elisa Blair en *Conflicto armado y militares en Colombia* los sicarios de los últimos decenios, la mayoría de las veces al servicio del narcotráfico, mantuvieron sus referentes (imaginarios) tradicionales que hablan de una *sociabilidad primaria*. Tal sociabilidad se manifiesta a través de relaciones personales observables en lealtades (Pablo Escobar y su séquito de acompañantes incondicionales), en pactos sellados con sangre como lo hicieron los miembros del Cartel de Cali, y otras formas: “El carácter sacralizado, y religioso, de ciertas prácticas de los sicarios, tales como rezar, hacer uso de escapularios a modo de talismanes,<sup>19</sup> hacer promesas a la virgen a cambio de *seguridad* (SIC, 55), prácticas identitarias de una sociedad fundada en la creencia y en patrones ideológicos congelados. Sin embargo, al soltar sus amarras debido a los flujos culturales de la sociedad global, en realidad consumo desenfrenado proveniente de los Estados Unidos, los patrones tradicionales encontraron asidero distinto en un marco que le era ajeno. La sociedad entonces quedó mal parada por la falta de raigambre de valores puestos en favor de realidades modernas que exigían un orden racional y abierto a opciones democratizadoras. La débil sociedad civil se tornó todavía más violenta, más guerrera. En opinión de Blair, son grupos de la sociedad civil los que en un 90 por ciento generan la violencia como una constante generalizada en la realidad colombiana (64). La falta de oportunidades sociales (educación y recreación cultural y deportiva), del empleo bien remunerado y de vivienda, entre otras, encontraron terreno fértil para que el ilusorio bienestar temporal se constituyera en la solución a las afugias de otro modo insalvables.

### NOTAS

1 Tan cierto es el planteo del jesuita De Roux, que en la entrevista “Al proceso con Auc le falta pueblo” concedida por Adolfo Paz o don Berna, Inspector general de las AUC, ante la pregunta sobre si estaban dispuestos los paramilitares a pagar cárcel, declaró que “después de haber defendido al país, después de también ser víctimas de primera línea nosotros de este conflicto (Sic), creo que sería injusto que pagáramos cárcel.” El entrevistado considera que una ley de punto final (como hizo Menem en Argentina sobre los implicados de la guerra sucia, ley desmontada por el presidente Nestor Kirchner) “sería lo ideal para el país.”



2 La persistencia del gobierno del presidente Uribe en desconocer la realidad del conflicto armado mediante el poder simbólico de la palabra ha llevado al extremo de crear el documento “Los lineamientos para el enfoque de los proyectos de cooperación internacional” enviado al cuerpo diplomático acreditado en Colombia (embajadores y agencias). Allí se promulga un diccionario con la pretensión de evitar términos del corte “conflicto armado,” “comunidades de paz,” documento que desde el momento mismo de la circulación ha causado el rechazo de los receptores. Véase “El Gobierno aclara posición sobre lenguaje diplomático” por Glemis Mogollón Vergara publicado en *El Colombiano*.

3 El Diccionario de la Lengua Española define la anomia en el mismo sentido de la definición del Diccionario de Robert, pero agrega otro que abarca la complejidad de la problemática colombiana: “Estado de aislamiento del individuo, o de la desorganización de la sociedad, debido a ausencia, contradicción o incongruencia de las normas sociales” (148).

4 En la columna de opinión “Las Farc en Sudáfrica” el periodista Javier Darío Restrepo expresaba la injerencia del embajador de los Estados Unidos ante el anuncio de que el gobierno de Colombia enviaría una comisión de las Farc para observar la forma como el diálogo había permitido superar un conflicto que las armas no habían resuelto. Restrepo concluye su columna con la siguiente pregunta: ¿Por qué habría de incomodar esto al Congreso de los Estados Unidos? El embajador está seguro de que incomodará y que el embajador Moreno estará en serios problemas para explicar que el gobierno colombiano, al permitir el viaje de los guerrilleros a Suráfrica, exploraría la posibilidad de un proceso no violento, que haría inútiles las armas. Supone el embajador que sus compatriotas en el Congreso no entenderían ese lenguaje. La guerra es un negocio. Quienes dicen estar buscando soluciones la cotidianizan a sabiendas de su rentabilidad económica.

5 Entrevistas a y columnas de opinión de personajes cercanos al poder como el senador y ex-ministro Rafael Pardo (*El Tiempo*, abril 9 de 2005), el ex-ministro de hacienda Juan Camilo Restrepo (*El Tiempo*, abril 8 de 2005 y septiembre 22 de 2004, *El Colombiano*, Febrero 2 de 2005); periodistas como María Jimena Duzán (*El Tiempo*, abril 11/05), Antonio Caballero (*Semana* septiembre 27 de 2004) y María Elvira Samper (*Semana* noviembre 8 de 2004), y también el editorial de *El Tiempo* (11 de abril de 2005) denuncian no sólo la paramilitarización del Estado, sino el trabajo de legitimación de tierras de desplazados intentado en el Congreso del período 2002-2006 (proyecto de ley No. 230 de 2004 en el senado). La verdad oficial celebra la desmovilización masiva de frentes paramilitares, pero ignora el hecho comprobado de que éstos siguen controlando territorios urbanos y rurales bajo soterradas prácticas intimidatorias. El editorial de *El Tiempo* de diciembre 9 de 2004 hizo un balance de la desmovilización, formuló preguntas sobre el papel del Estado en garantizar el orden con la entrega de éstos y denunció que “Medellín también tiene su iceberg. Lo llaman en voz baja ‘La oficina’. Poco se sabe de ella, pero es una vasta estructura clandestina que regula el bajo mundo de la capital antioqueña, bajo el mando de los mismos que, en su momento, controlaban a los ‘paras locales.’ Los articulistas tampoco pierden de vista las declaraciones del líder paramilitar Mancuso de que el Congreso tiene un tercio de escaños puestos por ellos. En el reportaje “Habla Vicente Castaño” la revista *Semana* le pregunta a Castaño: “— Hace varios años Salvatore Mancuso dijo que las AUC tenían el 30 por

ciento del Congreso. ¿Qué hay de cierto en ese porcentaje?” La respuesta es contundente: “– Creo que podemos afirmar que tenemos más del 35 por ciento de amigos en el Congreso. Y para las próximas elecciones vamos a aumentar ese porcentaje de amigos.” (*Semana* 1205) Una síntesis del fenómeno de la concentración de tierras y sus consecuencias a lo largo de la historia colombiana es el artículo “Contrarreforma agraria” de Mauricio García Villegas publicado en *Semana* No. 1209.

6 Peter Candy en “Latin America’s Longest War,” basado en cifras del subsecretario de Asuntos Humanos de la ONU, Jan Egelan, afirma que Colombia tiene “the largest number of displaced people after only Congo and Sudan.” De una población de 36 millones de habitantes, dos millones son desplazados. La cifra se refiere sólo al desplazamiento forzado. Se estima que la población real colombiana está por encima de los 44 millones de habitantes.

7 En “Habla Vicente Castaño” la entrevista de *Semana* Castaño confesó un dato significativo sobre el reclutamiento de autodefensas: “En este momento debemos tener a unos 4.000 ex guerrilleros en nuestras filas, eso es cerca del 40 por ciento del total de nuestro pie de fuerza. Tuvimos una época en la que ese porcentaje llegó al 80 por ciento.” Un dato adicional, Carlos Alonso Lucio, exguerrillero del M-19 y Excongresista se constituyó en el asesor político de las autodefensas o paramilitares.

8 Un informe de *Semana* titulado “La conexión mexicana” suministra el reporte preciso de esta alianza: Según las autoridades, la droga de las Farc pertenecía al frente 29, que actúa en el sur de Nariño y la de las AUC era del Bloque Libertadores del Sur-BLS-, una facción de las autodefensas que depende del Bloque Central Bolívar -BCB-. El sitio en donde fue encontrada la droga, zona de influencia del BLS, era uno de los principales y más antiguos centros de acopio en el sur del país. “El resultado es histórico no sólo por el gran volumen sino porque es un golpe simultáneo a los tres ejes mafiosos (narcos, paras y Farc) que hoy convergen alrededor del negocio de las drogas”, afirma el coronel Naranjo (Edición 1203)

9 La palabra viene del latín *sica*. En principio fue un puñal corto y curvo usado por los piratas ilirios en el siglo I antes de nuestra era. Después lo usaron los judíos para defenderse de la opresión romana. Estos fueron los primeros sicarios. Ver *Enciclopedia de la Biblia* Q-Z. Barcelona: Ediciones Garriga, 1969.

10 Víctor Gaviria, entrevistado por César Augusto Montoya sobre *Rodrigo D* lo subraya al hablar del punk y el metal en el imaginario de sus personajes, dice: “son dos ideologías, dos formas de pensamiento que les ayuda a vivir, les da otros valores, porque sobre todo el metal es una inversión de los valores, lo malo es bueno y lo bueno es malo, que es la experiencia de sus propias vidas” (34).

11 Gaviria ha obtenido reconocimiento. En los círculos académicos de la región, los cuales hasta se le han otorgado lauros como el de un Honoris Causa de Comunicador Social-Periodista por la U. de Antioquia (Febrero 19 del 2004 con ocasión del Día del Periodista), en los de los Estados Unidos, en Europa se estudia su cine, se le tiene en cuenta como invitado a paneles y talleres. Con todo ello, su obra no alcanza el éxito masivo, difícil cuando el director se mantiene firme en su propuesta ético-estética.

12 Esta novela la escribió su autora en México, luego de que tuvo que abandonar el país por temor a ser asesinada. Era el gobierno de su amigo el presidente Belisario

Betancur. Después de cuatro años allí “Llegó un momento en que dije no. Este país es demasiado maravilloso, pero no soporto el exilio.” (Consuegra: 128)

13 El libro *Oficio de tercetos... oficio de muertos* del periodista Gonzalo Medina trae una cita del reportero de *El Colombiano* Juan Carlos Pérez Salazar que convalida el título: “El único país del mundo que supera a Colombia en muerte violenta de periodistas es Argelia” (13).

14 La descripción de los pormenores de la manifestación, hora y lugar que hace el relato coincide con el fallido atentado en el que Pablo Escobar Gaviria planeó asesinar al candidato Luis Carlos Galán Sarmiento en Medellín. Según la versión de *La parábola de Pablo* “Esta vez Galán se salvó porque se retrasó en un almuerzo y una vecina alcanzó a alertar a las autoridades sobre la presencia de gente extraña.” (198) En el relato Jairo alcanza a balear al candidato, pero luego Ramiro, uno de los sicarios, lo ametralla a él antes de llegar al carro en que debía escapar. Todo porque en el atentado al magistrado Jairo cometió el error de dejar en el escenario del crimen su moto registrada a su nombre.

15 La diferencia básica entre la tragedia griega y la moderna, según el británico Raymond Williams es que en la primera, la tragedia del héroe expresa una lección de vida sometida al orden natural, mientras en la moderna la sociedad hace víctima al individuo, pero éste está en capacidad de salvarla. En ambas formas la tragedia humana es inevitable, sin embargo, existe un cambio: “the conversion of the ritual figure to a form of the modern hero: that hero who in liberal tragedy is also the victim, who is destroyed by society but who is capable of saving it” (45)

16 En “Descentramiento del sujeto romántico en la narrativa de migraciones” Silvia Valero califica *La virgen* como “elegía por Colombia” (144). Por su parte, en “Kinismo y melodrama en *La virgen de los sicarios* y *Rosario Tijeras*” Camila Segura Bonnett valora su capacidad de inmolación al punto de restarle importancia a la miseria de sus crímenes: “El sicario, hombre suicida, evoca los contemporáneos terroristas de Al Qaeda” (131). Aunque a renglón seguido titubea y precisa su valoración: “El motivo, sin embargo, no es religioso aunque sí capitalista” (131).

17 El tema del secuestro se refiere a un caso particular de secuestrados, periodistas de reconocida trayectoria y de origen social distinguido. *Noticia de un secuestro* no trata de un texto sobre subalternos. Los personajes secuestrados son personas ligadas al poder económico o político en Colombia: “En realidad, no eran diez secuestros distintos – como nos pareció a primera vista – sino un solo secuestro colectivo de diez personas muy bien escogidas, y ejecutado por una misma empresa con una y única finalidad” (7). Marina Montoya:

Era Marina Montoya, secuestrada desde casi hacía dos meses, y a quien se daba por muerta. Don Germán Montoya, su hermano, había sido el secretario general de la presidencia con un gran poder en el gobierno de Virgilio Barco. A un hijo suyo, Alvaro Diego, gerente de una importante compañía de seguros, lo habían secuestrado los narcotraficantes para presionar una negociación con el gobierno (20).

El periodista Francisco Santos, uno de los secuestrados, llega a ser vicepresidente en el mandato del presidente Uribe.

18 Antonio Caballero en su columna sobre la detención del político liberal Santofimio Botero, hacía un sumario de prácticas de sicarios en la historia del país.

Santofimio podría erigirse en el primer actor invisible juzgado por un delito que produjo un impacto en la dinámica política nacional

Los grandes magnicidios de nuestra historia sólo han tenido ejecutores materiales, pero nunca – ¡no faltaría más! – autores intelectuales. ¿Quién mandó matar a Jorge Eliécer Gaitán? Hace apenas tres años el ex presidente Alfonso López ‘ponía a pensar al país’ asegurando que nadie: que simplemente su victimario material, un tal Juan Roa Sierra, había querido con ese crimen impresionar favorablemente a su novia. ¿Quién mandó matar a Rafael Uribe hace cien años? Nunca se supo. Los dos artesanos, Galarza y Carvajal, que acabaron con él a hachazos no revelaron nunca en sus largos años de cárcel el nombre de quien les encargó el trabajo. ¿Quién mató a Julio Arboleda? ¿Quién mató al mariscal Sucre? No se sabe (*Semana.com* No 1202).

En torno al mariscal Sucre en *El General en su laberinto* el narrador certifica un nombre en la boca encolerizada del Libertador Bolívar: “Fue Obando, asesino a sueldo de los españoles” (192).

19 El uso del escapulario es una práctica que viene de los abuelos y una de las tantas con las cuales se trataba de vencer al demonio siguiendo “la verdad teológica de que el demonio ha sido vencido por la Cruz de Cristo” (30) dice el sacerdote Humberto Restrepo en *La religión de la Antigua Antioquia*. “Pero el antioqueño hacía de esta verdad una aplicación casi mágica,” (30) y lo sigue haciendo.

### OBRAS CITADAS

- Alape, Arturo. (2000). *Sangre ajena*. Bogotá: Planeta Colombiana Editorial.
- Alvarez Gardeazábal, Gustavo. (1986). *El Divino*. Bogotá: Plaza y Janes Editores Colombia Ltda.
- \_\_\_\_\_. (1972). *Cóndores no entierran todos los días*. Barcelona: Ediciones Destino.
- Alzate Vargas, César. (2001). *La ciudad de todos los adioses*. Medellín: Fundación Cámara de Comercio de Medellín para la investigación y la cultura.
- Blair, Elsa. (1999). *Conflicto armado y militares en Colombia. Cultos, símbolos e imaginarios*. Medellín: Universidad de Antioquia.
- Caballero, Antonio. (Mayo 16-20/05). “Delitos políticos.” *Semana.com*. No 1202.
- Camacho Guisado, Alvaro. “Violencia urbana: Cali y Medellín.” *Medellín: alternativas de futuro*. Medellín: Consejería Presidencial para Medellín y su área Metropolitana.
- Candy, Peter. (07/27/2004). “Latin America’s Longest War”. (<http://thenation.com>).
- Castro Caycedo, Germán. (1970) *Perdido en el Amazonas*. Bogotá: La Oveja Negra.
- \_\_\_\_\_. (2001). “Globalización e integración desde la periferia cultural.” *Territorios intelectuales. Pensamiento y cultura de América Latina*. Coord. Javier
- Chaparro, Camilo. (2005). *Historia del Cartel de Cali*. Bogotá: Intermedio Editores.
- Abad Faciolince, Héctor. (2003). *Angosta*. Bogotá: Seix Barral.

*Ciudad de Dios*. (2002). Dir. Fernando Meirelles. Guión Bráulio Mantovani.

Collazos, Oscar. (1997). *Morir con papá*. Bogotá: Seix Barral.

Castro García, Oscar. (1999). *Necrónicas y Oración*. Medellín: Ediciones Otras palabras.

\_\_\_\_\_. (1997). *¡Ah mar, amargo!* Medellín: Ediciones Autores Antioqueños.

Consuegra, Jorge. (Oct-Dic/1993). "Laura Restrepo: *El leopardo al sol*." *Revista Universidad de Antioquia* 234: 128-129.

Cubides C, Fernando. (1998). "De lo privado y de lo público en la violencia colombiana: los paramilitares." *Las violencias: inclusión creciente*. Comp. Santafé de Bogotá: Centro de Estudios Sociales, CES.

De Roux, Francisco J. (Jul-Sep/1990). "Derechos humanos, droga y guerrilla en Colombia." *Revista Universidad de Antioquia* 221: 4-13.

Duzán, María Jimena. (04/11/05). "El Comisionado columnista." *El Tiempo.com*.

\_\_\_\_\_. (05/04/2004). "Los hijos de Herman Monster." *El Tiempo.com*.

Echeverri Mejía, Arturo. (1981). *Novelas*. Bogotá: Instituto Colombiano de Cultura.

Editorial. "Proceso tortuoso, resultado confuso." *El Tiempo.com*. Abr /11/2005.

Editorial. "De Medellín a Catatumbo." *El Tiempo*. [Bogotá] Dic 10/2004: 1;14.

Franco Ramos, Jorge. (2001). *Paraíso Travel*. 2ª. Ed. Bogotá: Editorial Planeta Colombiana.

\_\_\_\_\_. (1999). *Rosario tijeras*. 5ª. ed. Bogotá: Plaza & Janés.

Gamboa, Santiago. (1997). *Perder es cuestión de método*. Bogotá: Grupo Editorial Norma.

García Canclini, Nestor. (1999). *La globalización imaginada*. Buenos Aires: Piados.

\_\_\_\_\_. (1995). *Consumidores y ciudadanos*. México: Grijalbo.

García Márquez, Gabriel. (1998). *El coronel no tiene quien le escriba*. Buenos Aires: Suramericana.

\_\_\_\_\_. (1996). *Noticias de un secuestro*. Bogotá: Grupo Editorial Norma.

\_\_\_\_\_. (1989). *El General en su laberinto*. Madrid: Mondadori.

García Villegas, Mauricio. (Jul 5-11/05). "Contrarreforma agraria." *Semana.com*.

Gaviria, Víctor. (2005). *Sumas y restas*. Prod. Víctor Gaviria, La ducha fría y Enrique Gabriel.

(España)-ATPIP.

\_\_\_\_\_. (1996). *La vendedora de rosas*.

\_\_\_\_\_. (1991). *El pelaíto que no duró nada*. Bogotá: Planeta.

\_\_\_\_\_. (1991). *Yo te tumbo tú me tumbas*.

\_\_\_\_\_. (1989). *Rodrigo D. No futuro*.

*Golpe de estadio*. (1999). Dir. Sergio Cabrera. Prod. España, Colombia, Italia. Guión Claude Pimont, Ben Odell y colaboración de Humberto Dorado.

*María llena eres de gracia*. Dir Joshua. Marton. Actuación Catalina Sandino. Moreno, 2003.

Martín Barbero, Jesús. (2001). *Al sur de la modernidad: Comunicación, globalización y multiculturalidad*. Universidad de Pittsburg: Instituto Internacional de literatura Iberoamericana.

\_\_\_\_\_. (2001). "Globalización e integración desde la periferia cultural." *Territorios intelectuales. Pensamiento y cultura de América Latina*. Coord. Javier

Lasarte Valcárcel. Caracas: Fondo Editorial La Nave Va.

Medina Pérez, Gonzalo. (2002). *Oficio de tercetos... oficio de muertos*. Medellín: Editorial Palabra Viva.

Mogollón Vergara, Glemis. (Jun 14 de 2005). "El Gobierno aclara posición sobre lenguaje diplomático." *El Colombiano.com*.

Montoya, César Augusto (1990). "El cine colombiano tiene futuro." *Kinetoscopio* 1: 1: 30-38.

Murillo, José Ignacio. (2003). *Mayte, no bailes*. Medellín: Cámara de Comercio.

Paz, Adolfo. Entrevista. "Al proceso con Auc le falta pueblo." *El Colombiano*. [Medellín] Feb 21/ 2005: 8a.

Porras, José Libardo. (2000). *Hijos de la nieve*. Bogotá: Planeta.

—. (1998). *Historias de la cárcel de Bellavista*. Medellín: Editorial Hoja Dorada.

Pérez, William F. (Sep-Dec/2004). "Política criminal y seguridad democrática." *Debates* 39: 59-70.

Rangel Suárez, Alfredo (05/23/05). "El conflicto colombiano: guerra civil de baja intensidad." *El Tiempo.com*.

Restrepo, Javier Darío. (Feb 17/2005). "Las Farc en Suráfrica." *El Colombiano*. Medellín: 4ª ed.

Restrepo, Juan Camilo. (04/08/05). "Los empresarios de la coerción." *El Tiempo.com*

—. (Feb 2/005). "Tres reflexiones." *El Colombiano* 4A.

—. (Sep 22/2004). "Los señores de la tierra." *El Tiempo*. Bogotá: 1;15.

Restrepo, Laura. (2004). *Delirio*. Bogotá: Alfaguara.

—. (1977). *El leopardo al sol*. 2a. ed. Bogotá: Norma.

Rivera, José Eustasio. (1953). *La vorágine*. Santiago de Chile: Ziz Zag.

Robert, Francois. (2002). *Diccionario de Términos Filosóficos*. 7ª ed. Madrid: Acento Editorial.

Salazar J., Alonso. (2001). *La Parábola de PABLO*. Bogotá: Planeta.

—. (1990). *No nacimos pa' semilla*. Bogotá: Cinep.

Samper, María Elvira. (Nov 8-15/2004). "Nos embutieron los paras." *Semana* 1175: 76.

Segura Bonnett, Camila. (En-Jun/2004). "Kinismo y melodrama en *La virgen de los sicarios* y *Rosario Tijeras*." *Estudios de Literatura Colombiana* 14: 111-136.

*Semana*. Jun 6-13/05. "Habla Vicente Castaño." *Semana.Com* 1205.

*Sicario, I, II*. (2003-2004). Novoa, José Ramón. Venezuela. Urban Vision Entertainment.

*Traffic*. (2000). Soderberg, Steven. USA. Actuación Michael Douglas, Benificio del Toro, Catherine Zeta Jones.

Valero, Silvia. (Jul-Dic/2004). "Descentramiento del sujeto romántico en la narrativa de migraciones." *Estudios de Literatura Colombiana* 15: 135-154.

Vallejo, Fernando. (1995). *La virgen de los sicarios*. Bogotá: Alfaguara.

Williams, Raymond. (1966). *Modern Tragedy*. Stanford (California): Stanford University Press.